

El vínculo historiográfico-literario entre John Womack Jr. y Gregorio López y Fuentes

Cristopher Sotelo Rodríguez*

Resumen: El presente trabajo pretende demostrar la importancia de la literatura como fuente primaria para los estudios históricos. Expone la relevancia de la interdisciplinariedad en la historia, pues el diálogo con otras disciplinas permite desarrollar diferentes perspectivas y atender dimensiones que suelen ser relegadas por la historiografía. De igual modo, el artículo sostiene un debate en torno al cuestionado carácter ficticio de la literatura y al trabajo de archivo. Finalmente, traslada las propuestas teóricas y metodológicas expuestas en esta investigación a un estudio comparativo que, a manera de laboratorio, examina el contenido histórico-historiográfico expuesto entre *Zapata y la Revolución mexicana* de John Womack Jr., y las novelas *Campamento: novela mexicana*, y *Tierra: la revolución agraria en México* del literato veracruzano Gregorio López y Fuentes.

Palabras clave: historiografía, narrativa de la Revolución mexicana, Gregorio López y Fuentes, John Womack Jr.

Abstract: This article explains the importance of literature as a primary source for historical studies. It points out the need to undertake interdisciplinary projects in history, because the dialogue with other sciences permits the development of other perspectives and addresses other dimensions that are often overlooked by historiography. The article debates the questioned fictitious character of literature and the archival work conducted by experts. Finally, the theoretical and methodological proposals presented in this research are applied to a comparative study that experimentally examines the historical-historiographic content of the historical study *Zapata and the Mexican Revolution* by John Womack, Jr. and the novels *Campamento* and *Tierra* by the Veracruz author Gregorio López y Fuentes.

Keywords: historiography, narrative of the Mexican Revolution, Gregorio López y Fuentes, John Womack, Jr.

Fecha de recepción: 17 de febrero de 2018

Fecha de aceptación: 8 de junio de 2018

La revolución historiográfica que inició en la década de 1960 propició el desarrollo y la aparición de sugerentes propuestas metodológicas que permitió a la historiografía valerse de un sinnúmero de fuentes y recursos. Ese vasto mundo de alternativas, regido por distintas ópticas e interpretaciones, fue el que concedió a la literatura y a las demás expresiones artísticas del

ser humano que sean referentes interpretativos dentro del quehacer del historiador.

Así, en el presente trabajo se busca encontrar, desde el campo de la historiografía intelectual y cultural, las similitudes y diferencias de dos textos: *Campamento: novela mexicana* (en adelante *Campamento*) y *Tierra: la revolución agraria en México* (en adelante *Tierra*) de Gregorio López y Fuentes, con la célebre historiografía de *Zapata y la Revolución mexicana* del historiador estadounidense John Womack Jr.,

* Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

con el propósito de acreditar el uso de la literatura como fuente historiográfica. De esa manera, abordar dicho estudio desde la óptica de la nueva historia cultural (nhc) y tomar como referente analítico a la literatura, ayudará a observar otra dimensión de la sociedad, la cultura y las mentalidades, e ideologías de los individuos, obligando al historiador a reinterpretar el contenido y el significado en las obras literarias y su papel dentro de la esfera cultural e intelectual en determinado tiempo y espacio.¹

La importancia de contextualizar a la fuente

La Revolución mexicana es, quizás, el suceso más importante acontecido en nuestro país durante el siglo xx. Ésta significó grandes cambios políticos y sociales que terminaron por transformar y de presentar a México ante el mundo contemporáneo. La Revolución, nos dice Lorenzo Meyer, “fue la fuerza aglutinadora que permitió en muchos sentidos, solidificar las bases de una nacionalidad”.² Por ello, una de las grandes tareas del Estado revolucionario, a partir de 1920, fue reestructurar la unidad política que se había perdido durante los años de la lucha civil. Dicho proyecto requería la creación de instituciones que facilitarían la meta que el gobierno central se había propuesto desde un inicio: la estabilidad y la unidad del poder político. Así, la década de 1920 iniciaba con el ascenso de la clase media al poder, cuyo núcleo social estaba conformado por “hombres duros, experimentados en la guerra y la política maquiavélica”. Como veteranos de la guerra civil, sostiene Alan Knight, mere-

cieron sus premios, y la experiencia compartida de este periodo terminó por forjar profundos lazos de solidaridad.³

Sin embargo, el asesinato del general Álvaro Obregón en julio de 1928 inauguró una serie de conflictos cuyos tintes políticos, económicos y sociales habrían de convivir durante los próximos seis años. La sucesión en el poder y su institucionalización a través del Partido Nacional Revolucionario (pnr); el liderazgo incuestionable del expresidente Plutarco Elías Calles; las administraciones presidenciales de Emilio Portes Gil (1928-1930), Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) y Abelardo Rodríguez (1932-1934); el *crack* financiero de 1929-1932 y los movimientos sociales de obreros, campesinos y la guerra cristera, coexistieron y caracterizaron el periodo que va de 1928 a 1934. Precisamente, a mediados de ese sexenio, el autor veracruzano Gregorio López y Fuentes publicaría en Madrid, en 1931, *Campamento* y, un año más tarde, tras su regreso a México, *Tierra*, novelas que habrían de narrar y reunir testimonios y las experiencias revolucionarias del zapatismo durante la fase armada de la Revolución (1911-1919). Por otro lado, el proceso de institucionalización, apropiación y uso de la figura de Emiliano Zapata, así como de otros personajes que participaron en el movimiento armado, en la década de 1930, refleja, de acuerdo con Itzayana Gutiérrez, “una potente campaña de reconstrucción mediática que implica transportar su silueta de la esfera del crimen y el bandidaje a la de la simbólica del Estado, sin que por ello pierda los atributos de resistencia que representó en la lucha armada y en la política de los grupos agraristas”.⁴ A su vez, sostiene Samuel Brunk, la “mirada regional”, que se expresó en la enor-

¹ Sobre este punto, advierte Michel de Certeau: “La relación que [la historia] mantiene con diversas ciencias le permite ejercer, con respecto a cada una de ellas, una función crítica necesaria, y le sugiere asimismo el objetivo —aleatorio— de articular conjuntamente los límites así evidenciados”. Véase Michel de Certeau, “La operación histórica”, en François Perus (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, p. 64.

² Lorenzo Meyer, *Historia de la Revolución mexicana: 1928-1934. El conflicto social y los gobiernos del máximo*, México, El Colegio de México, 2000, p. 253.

³ Alan Knight, “La cultura política del México revolucionario”, en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución mexicana. Retos y perspectivas*, 2 vols. México, iih-unam, 2007, vol. 1, p. 299.

⁴ Itzayana Gutiérrez, “Usos públicos de la figura de Emiliano Zapata: narraciones y conmemoraciones en Morelos, 1930-1934”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Cuernavaca, 2011, p. 1.

me proyección de mitos en torno a la muerte de Zapata a partir de 1919, fue esencial para “convertirlo en un ícono en la escena nacional, y finalmente un componente central en la identidad nacional de México durante el siglo xx”.⁵

Ahora bien, la contextualización temporal y temática expone las titubeantes intenciones históricas o quejas políticas de los autores.⁶ En el uso particular de la literatura como fuente historiográfica, José Mariano Leyva sugiere “indagar a profundidad el contexto de la fuente y servirse de otras disciplinas para la interpretación de la misma. La única forma de sacar el mejor provecho histórico a las ‘mentiras’ en la ficción es identificándolas. Y para lograr esto el único camino es la comparación”.⁷ En ese sentido, la ubicación de un texto con su presente histórico tiende a poner “de manifiesto las presiones políticas, económicas y sociales que en su momento condicionan el discurso cultural de que se trate”.⁸ Las representaciones históricas que puedan estar inscritas dentro de la literatura o de cualquier texto de un determinado “mundo” son proyecciones de “realidades sociales” acotadas al presente histórico del autor, pues “constituyen las formaciones sociales y discursivas que sostienen, resisten, impugnan, o buscan transformar según sea el caso”.⁹ Además, sostiene Gabrielle Spiegel que el carácter estético de la obra y el poder de sus representaciones es producto, en gran medida, de su contexto social y

⁵ Samuel Brunk, “Mito y memoria de Zapata en Morelos”, en Felipe Ávila Espinosa (coord.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del sur, 1810-1910 / 2010*, vol. 7: *El Zapatismo*, Cuernavaca, Poder Ejecutivo del Estado de Morelos-Comisión de Colaboración con los Festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana / Congreso del Estado de Morelos-Legislatura / Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Ayuntamiento de Cuernavaca / Instituto de Cultura de Morelos, 2009, p. 403.

⁶ José Mariano Leyva, “Historia y literatura: la pasión por el contagio”, *Diario de Campo*, tercera época, año 2, núm. 9, julio-agosto de 2015, p. 10.

⁷ *Ibidem*, p. 11.

⁸ Gabrielle M. Spiegel, “Historia, historicismo y lógica social del texto en la Edad Media”, en Françoise Perus (comp.), *op. cit.*, p. 161.

⁹ *Ibidem*, pp. 136, 150.

de su vínculo con las redes sociales y políticas de las que es partícipe. De tal manera que, citando a Carroll Smith-Rosenberg, “el lenguaje refleja sutilmente la ubicación social y el poder relativo de sus hablantes’ y ‘las palabras asumen significados diferentes dependiendo de qué dialecto simbólico se está hablando”.¹⁰ Entonces, la literatura, de acuerdo con Jean Howard:

[...] es un agente en la construcción de un sentido de realidad de la cultura. Forma parte de un orden simbólico mucho más amplio a través del cual una cultura imagina su relación con las condiciones reales de su existencia. En vez de una relación jerárquica en la que la literatura figura como un reflector parasitario de los hechos históricos, uno imagina un universo textualizado complejo en el que la literatura participa en los procesos históricos y en el manejo político de la realidad.¹¹

Por último, Eva Kushner afirma que ese saber —la literatura— coincide con una lengua y una zona política: “La periodización, que es la forma más evidente y acostumbrada de articulación de los fenómenos literarios, suele estar vinculada, explícitamente o no, a la periodización de la historia política”; así, subgéneros como la novela victoriana, la Guerra civil española y la Revolución mexicana “son categorías que no sólo se refieren a contenidos, sino a estéticas y mentalidades vinculadas a determinados momentos históricos, si es que no determinados por éstos”.¹² Más aún, para Kushner, ambas disciplinas, es decir historia y literatura, coinciden en la construcción de conocimientos a partir de fenómenos particulares, mientras que su correspondencia da origen a una percepción total del discurso de un periodo en sus aspectos formales, ideológicos y pragmáticos.¹³

¹⁰ *Ibidem*, p. 158.

¹¹ Jean Howard, *apud* Gabrielle M. Spiegel, *op. cit.*, p. 141.

¹² Eva Kushner, “Articulación histórica de la literatura”, en Françoise Perus (comp.), *op. cit.*, pp. 166, 174.

¹³ *Ibidem*, pp. 166-167, 184.

La narrativa de la Revolución mexicana: crítica y representación del presente histórico

Como mencioné, algunos procesos históricos facilitan el auge de cierta literatura, la cual tiende a representar y simbolizar al mundo político, social y cultural que rodea a los autores. El historiador mexicano Javier Rico Moreno, en su estudio *La historia y el laberinto*, afirma que determinada literatura puede revelar “una singular forma de interpretación histórica que reafirma la convergencia del arte [literatura] y ciencia [historia]; la pasión y la razón, la poesía y la historia”.¹⁴ Al mismo tiempo, y a través de los argumentos de Julieta Campos, expone que la literatura evidencia —y en muchas ocasiones precede— la vida nacional en distintas épocas al reflejar los distintos matices que en ella se inscriben y, por tanto, se muestra deseosa por ser la conciencia de su tiempo.¹⁵

Los antecedentes de la literatura mexicana e hispanoamericana, de acuerdo con Dessau, se remontan principalmente a la influencia “estética” de modelos europeos que terminaron por mediar a los novelistas y a los literatos hispanoamericanos del siglo xix, pues ellos empezaron a analizar su medio social bajo un contexto de luchas políticas y de una crítica al emergente desarrollo del capitalismo en los países recién independizados.¹⁶ Siguiendo esta idea, Dessau afirma que “grandes narradores del siglo xx [...] indudablemente recibieron la influencia del modernismo y, desde su posición en la sociedad y según las circunstancias, criticaron la situación de su patria o trataron de dar expresión literaria a su concepto de la esencia cultural de su pueblo”, lo que a la postre terminaría por fomentar la conciencia nacional durante la pasa-

da centuria.¹⁷ Sin embargo, a partir de 1910 se interrumpe ese avance artístico-literario como consecuencia de la guerra civil en México. Este proceso sociopolítico, nos dice Antonio Magaña Esquivel, “constituye una etapa que necesariamente habría que relacionarse con las letras”.¹⁸ En tal sentido, escritores e intelectuales mexicanos se vieron en la “necesidad” de retratar el movimiento de 1910, dejando para la posteridad esa “realidad” reflejada en sus obras.¹⁹ Así, en los últimos años de la década de 1920, la narrativa de la Revolución mexicana presentaría los excesos y el apoderamiento de la pequeña burguesía, en detrimento de la clase obrera y campesina, a través de un aproximamiento de la doctrina marxista. En consecuencia, el contenido de una gran parte de la producción literaria de la década de 1930 se basó en el concepto del socialismo, con lo cual aparecerían obras con significativos análisis sociales y políticos.²⁰ Por su parte, Carlos Monsiváis añade que la cohesión de este género literario —narrativa de la Revolución mexicana— se debe en gran medida a su tema central: el proceso social y político de México de finales del porfiriato a la consolidación de las nuevas instituciones, la guerra cristera, la reforma agraria, la cuestión indígena, entre otras.²¹

Una trascendente caracterización temática de la narrativa de la Revolución mexicana es elaborada por Monsiváis durante la década de 1990 —22 años después de la publicación de

¹⁷ *Ibidem*, pp.8-9

¹⁸ Antonio Magaña Esquivel, “Prólogo”, en Gregorio López y Fuentes, *El Indio*, México, Porrúa, 1986, p. XIV.

¹⁹ Sobre este punto, Alan Knight advierte que hay que tener cuidado ante la presunción “de que cada cambio que se ve en los años veinte o treinta es producto de la Revolución”, ya que es probable que existan otras causas “no revolucionarias” que las determinaron o que hubiesen ocurrido “aun si la Revolución no hubiese tomado lugar”; por ejemplo, innovaciones tecnológicas como el cine y la radio o modas arquitectónicas y literarias como el modernismo. En Alan Knight, *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados. México 1910-1940*, México, fce, 2015, pp. 172, 189.

²⁰ Adalbert Dessau, *op. cit.*, pp. 109-111.

²¹ Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1994, p. 1446.

¹⁴ Javier Rico Moreno, “Arquitectónica historiográfica”, en *La historia y el laberinto. Hacia una estética del devenir en Octavio Paz*, México, Bonilla Artigas Editores / ffyl-unam, 2013, p. 33.

¹⁵ Julieta Campos, *apud* Javier Rico Moreno, *op. cit.*, p. 34.

¹⁶ Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución mexicana*, México, fce, 1996, p. 7.

la obra de Dessau y Magaña Esquivel— en su ensayo “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx”, donde el cronista mexicano alude a una división dentro de lo moral, lo literario, lo social y lo político. Sobre lo moral se incluyen temas como la crónica (exasperada) de los idealistas que extienden su desconfianza hacia las revoluciones y sus líderes, el pesimismo ante la condición humana, el testimonio desencantado y desmitificado de la Revolución y la consigna frecuente de la crueldad y violencia —física— como el sentido del movimiento armado.²² En cuanto a lo literario, se alude a sus innovaciones mediante “diálogos agudos y despiadados como parte de la acción revolucionaria [y] el uso de técnicas periodísticas (reportaje y crónica) para forjar el ‘carácter objetivo del relato’”, a sus limitaciones de “estructura demasiado lineal, moralismo que interrumpe el ritmo narrativo”²³ y a la renovación del habla nacional, legitimación de vocablos y la exhibición de modos expresivos de distintas partes del país. En lo social se abordan tópicos como la generación de un mercado de lectores y la suscripción de una mitología “tremendista y primitiva” cuyo máximo exponente es Francisco Villa. Por último, aparece el escenario político, desde el cual se proyectan cuestiones como la tenencia y distribución de la tierra, la retención u obtención del poder, la difusión del nacionalismo mexicano y el ajustamiento de la imagen de la Revolución como otredad —lo que pasó en otro tiempo y le sucedió a otra gente, lo extraño, lo ajeno—. ²⁴ Su composición, en ese sentido, queda definida por la literatura —a través de la novela— y la historia —por medio de la crónica—, dando como resultado una “crónica con ropaje literario”.²⁵

En cuanto a los autores, una interesante tipología hecha por Dessau distingue la existen-

²² El contenido de la violencia como definición y vida cotidiana, afirma Monsiváis, es lo que folkloriza a la Revolución. Así, temas como la crueldad, el saqueo y la inconciencia se vuelven el “lenguaje natural” de la lucha armada. En Carlos Monsiváis, *op. cit.*, pp. 1449, 1452.

²³ *Ibidem*, p. 1447.

²⁴ *Ibidem*, p. 1448.

²⁵ Adalbert Dessau, *op. cit.*, pp. 13, 16.

cia de tres grupos claramente visibles por los fundamentos de sus metodologías. El primero consta de escritores con formación académica —Carrancá y Trujillo, Icaza, Ortiz Hernán y Sarquís— que ocasionalmente se dedicaron a la creación literaria siguiendo los cánones de la literatura moderna. El segundo conjunto lo forman novelistas —como Azuela, Guzmán y Romero— que se vieron en la necesidad de adaptar su estilo y metodología —de obras históricas y autobiográficas— para representar la lucha de clases y la estructura social. Al final están los autores autodidactos y de formación no académica —Jorge Ferretis, López y Fuentes, José Mancisidor y Othón Díaz—. Grupos que habrían de interpretar y reproducir las confrontaciones sociopolíticas de la década de 1930 y, a la vez, tomaron partido a favor o en contra de los resultados de la Revolución, instando, en algunas ocasiones, por conseguir objetivos extraliterarios como la cuestión propagandística de su inclinación política.²⁶ No obstante, fueron estos escritores los que por principio condenaron a la Revolución, pues ésta, de acuerdo con su perspectiva, no sólo falló al redimir a una masa condenada a la esclavitud, sino que también encumbró el triunfo de una nueva clase.²⁷ De esta forma, podemos observar que lo escrito, lo narrado y lo analizado en las obras de la narrativa de la Revolución mexicana, refieren a otras dimensiones tanto de la guerra civil como de la fase institucional del México posrevolucionario, pues como afirma Knight, provocaron un fuerte impacto en la sociedad y cultura mexicana como producto de su revolución.²⁸

Expuesto lo anterior, podemos notar que la narrativa de la Revolución mexicana se construye con base en el desarrollo de características “que hasta entonces había tenido la tradición literaria, basado en planteamientos más o menos homogéneos y constantes, vigentes y dominantes en periodos culturales y literarios de media-

²⁶ *Ibidem*, pp. 431-432, 436.

²⁷ Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 1454.

²⁸ Alan Knight, *op. cit.*, p. 22.

na duración”.²⁹ De igual modo, resulta evidente una “institucionalización” de la narrativa del movimiento armado, pues ésta se convierte en “el vehículo de todo tipo de quejas o denuncias políticas, de toda pretensión de reconocimiento literario”.³⁰ Así, la narrativa de la Revolución, argumenta Castro Leal, muestra un desarrollo lineal —en donde los sucesos se disponen unos tras otros— y “visiones momentáneas y esporádicas” —del proceso revolucionario— que producen una esencia épica, la cual es producto de las expresiones literarias que evidencian y representan la lucha del pueblo mexicano y la Revolución, no sólo como una etapa bélica sino también como un hecho social y cultural.³¹

Breve semblanza de Gregorio López y Fuentes, *Campamento y Tierra*

La Revolución de 1910 registró un fuerte alcance cultural que le permitió adentrarse en los distintos sectores sociales. La sociedad mexicana, queriéndolo o no, se vio inmersa en el movimiento armado y, prueba de ello, fue el quehacer de los intelectuales que mostraron, durante este periodo, una gran actividad literaria. Gregorio López y Fuentes, como la gran mayoría de ellos, provenía de la clase media, del sector educado y “establecido” en valores burgueses.³² Las impresiones de su infancia rural y su juventud transcurrida en la época armada de la Revolución quedaron relativamente expresadas en sus novelas: sus obras, sostiene Castro Leal, presentan la vida sufrida del campesino y del soldado; la carne de cañón en las luchas revolucionarias.³³

²⁹ Gerardo Bobadilla Encinas, “Ruptura y continuidad de la novela histórica contemporánea en la tradición narrativa mexicana e hispanoamericana”, *Revista de El Colegio de San Luis*, vol. III, núm. 6, julio-diciembre de 2013, p. 45.

³⁰ Carlos Monsiváis, *op. cit.*, pp. 1455-1456.

³¹ Antonio Castro Leal, “Introducción”, en *La novela de la Revolución mexicana*, México, Aguilar, 1991, t. 1, pp. 27-29.

³² María del Mar Paúl Arranz, “La ideología revolucionaria de Gregorio López y Fuentes”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 18, 1989, p. 57.

³³ Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 2, p. 175.

López y Fuentes nació en la ranchería El Mamey, Veracruz, un 17 de septiembre de 1897. Con 17 años se trasladó a la Ciudad de México para estudiar la carrera del Magisterio. Ahí, en sociedad con sus amigos Rodrigo Torres Hernández y Francisco González Guerrero publica la revista literaria *Nosotros*.³⁴ Empero, los eventos de 1914, el golpe de Estado huertista y la invasión estadounidense a Veracruz, lo motivan a combatir en ambos frentes en favor de la soberanía nacional y de las fuerzas carrancistas. En 1916 pone fin a su carrera militar y regresa a la capital del país, lugar donde fallecería el 11 de diciembre de 1966.³⁵

En cuanto a su legado literario, sus dos primeros libros sobre poesía se publicaron bajo los títulos *La siringa de cristal* (1914) y *Claros de selva* (1922). Referente al material novelístico destacan *El vagabundo* (1922), *El alma del poblacho* (1924), *Campamento* (1931), *Tierra* (1932), *¡Mi general!* (1934), *El indio* —Premio Nacional de Literatura—³⁶ (1935), *Arrieros* (1937), *Huasteca* (1939), *Cuentos campesinos de México* (1940), *Acomodaticio* (1943), *Los peregrinos inmóviles* (1944), *Entresuelo* (1948) y *Milpa, potrero y monte* (1951). Dentro del periodismo ocupó puestos relevantes como director de *El Gráfico* (1937) y *El Universal* (1948-1956).³⁷ Posteriormente dirigió una empresa editorial.³⁸

³⁴ *Idem.*

³⁵ Antonio Magaña Esquivel, *op. cit.*, pp. X, XXI.

³⁶ Otorgado en 1935 por primera vez y que valió para que la obra se tradujera al inglés (Londres, 1937) y al alemán. También, fue objeto de elogios internacionales. Verna Carleton Millán escribió en “Book Review”, sección del periódico *The New York Times*, lo siguiente: “Gregorio López y Fuentes tiene dos cualidades indispensables de un auténtico novelista: una cálida, aguda simpatía por el género humano, por el hombre como ser viviente y activo, a la que añade una honestidad intelectual absoluta que no le permite corromper la sinceridad de su novela con notas o toques sensacionalistas... Por esta razón, *El indio* puede ser considerada, con *Los de abajo* de Azuela y *El águila y la serpiente* de Guzmán, muy digna de ser incluida en la muy corta nómina de libros que han ganado un sitio firme en la literatura mexicana”. Verna Carleton Millán, *apud* Antonio Magaña Esquivel, *op. cit.*, p. XVI.

³⁷ Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 2, p. 175.

³⁸ Antonio Magaña Esquivel, *op. cit.*, p. XXI.

Campamento es una novela dividida en dos partes y 15 capítulos. Dado lo expuesto y descrito por López y Fuentes a lo largo de esta obra, podemos intuir que los hechos ahí representados tuvieron lugar entre 1915 y 1916 en alguna de las rancherías del sur de Morelos. A diferencia de otras novelas de la narrativa de la Revolución, esta obra no cuenta con un protagonista, pues la trama se desarrolla en una ranchería semiabandonada, por la noche, durante el descanso de un ejército en campaña, pero se describen a los distintos grupos que lo integran. Así, van apareciendo desde el soldado hasta el general, pasando por las soldaderas, los guías, los mensajeros, los médicos, los intelectuales, entre otros. En cada capítulo, López y Fuentes hace énfasis en los distintos abusos y atropellos que cometieron los zapatistas en contra de la población civil, así como en los conflictos internos del Ejército Libertador del Sur. En este sentido, van surgiendo tópicos como el robo de alimentos y víveres, la violencia en contra de las mujeres y los indígenas, las riñas entre oficiales, la falta de identidad con el movimiento, las razones que motivaban adherirse a la revolución, los consejos de guerra y diversas situaciones que muestran la crueldad que caracterizó ese periodo bélico a través de la experiencia de sus personajes.

Por otra parte, *Tierra* es una novela dividida en 10 capítulos, en los que se resumen diferentes hechos de los años que van de 1910 a 1920, entre ellos: datos históricos relacionados con la cronología de la Revolución, interpretaciones sobre el origen de algunos episodios que influyeron en el devenir del zapatismo, como la entrevista entre Madero y Emiliano, el medio como conseguían armas, el asesinato de Eufemio Zapata y la emboscada registrada contra “el caudillo del sur” a manos del general Jesús Guajardo en la hacienda de Chinameca. En ese sentido, a diferencia de *Campamento*, *Tierra* sí cuenta con un protagonista, Antonio Hernández, quien después de cumplir su castigo en la leva, regresa a la hacienda para informar del levantamiento en armas de Madero y Pascual Orozco en el norte del país. Un atinado examen de Paúl Arranz

propone que el planteamiento narrativo en *Tierra* es particular respecto de *Campamento* por las siguientes razones:

- 1) La obra queda enmarcada en una temporalidad definida: 1910-1920. Esto la convierte en una novela cronológica y de estructura lineal. Es, pues, una historia cronológica del zapatismo durante la Revolución.
- 2) En los dos primeros capítulos —años—, López y Fuentes logra reunir los rasgos más generales e importantes del México porfirista, especialmente de la base del sistema económico, pues describe la vida dentro de las haciendas, el caciquismo, la explotación a los campesinos e indígenas, entre otros.
- 3) En varias escenas de la novela se identifica al agrarismo con el zapatismo. Esto, desde mi punto de vista, se vuelve esencial para la reflexión histórica.
- 4) La aparición de personajes individuales —aunque diluidos en la colectividad— y con nombres.
- 5) Durante la trama se describe a un Zapata honesto, generoso, leal e ingenuo: “[t]odo lo que podemos denominar [su] perfil histórico [...] contribuye a elevarlo a las etéreas zonas de la idealidad; porque eso, al fin y al cabo, un ideal, es Zapata en *Tierra*”.³⁹

De acuerdo con Magaña Esquivel, el estilo y lenguaje periodístico-narrativo de López y Fuentes no es un argumento válido para criticar la obra desde el punto de vista historiográfico, pues ello no lo excluye de una capacidad analítica. Examinando a Roger Caillois sostiene: “la novela puede tomar un aspecto inesperado, el de un trabajo de investigación científica, el de análisis histórico, el de estudio sociológico o antropológico, el de crónica de sociedad [...] Su libertad no conoce límites, y sus transformaciones, sus procedimientos y sus materiales resul-

³⁹ María del Mar Paúl Arranz, *op. cit.*, pp. 64-65.

tan por consiguiente infinitos”.⁴⁰ Respecto de *Tierra*, Castro Leal comenta: “se plantean la líneas esenciales del programa de la Revolución [...] Es también una sucesión de escenas, de estampas, que se van desarrollando y coordinando al paso de los días”, y en donde aparece la figura de los peones incorporados a los ejércitos zapatistas y a los ideales mismos de la Revolución, su retrato, su personalidad.⁴¹ En síntesis, sus tres novelas,⁴² que aparecen en la antología de *La novela de la Revolución mexicana*:

Constituyen tres ángulos de enfoque diferentes, pero a la vez complementarios del movimiento revolucionario... Sin embargo, López y Fuentes no se conforma con reflejar la Revolución vivida por él en su fase bélica, va más lejos, quiere ir más lejos, aspira —como afirma acertadamente Dessau— a captar su significado histórico, lo que conlleva, en cierto modo, justificarla en su misma génesis para poder luego asumirla en su totalidad. De ahí su afán por reproducir los fenómenos característicos de la campaña, o por abstraer la identidades personales haciendo de su anonimidad un correlato del propio carácter de la Revolución, indefinida por espontánea, nacida en el ímpetu unánime de un pueblo sin nombres.⁴³

Dessau, por su parte, menciona una interesante perspectiva del novelista veracruzano sobre el zapatismo pues: “Los hechos bélicos de los zapatistas no se presentan de un modo favorable: esto lo demuestra la descripción de la indisciplina general de sus hombres y la escena en el prostíbulo durante la ocupación de la capital, así como el insensato tiroteo provocado por Eufemio Zapata en un pueblo”.⁴⁴ Además, Dessau sostiene que las novelas de López y Fuentes,

posteriores a 1935, dada la situación de tensión política y social, representan intentos por captar el sentido histórico de la Revolución mexicana desde una perspectiva cercana al Partido Nacional Revolucionario (pnr) y propugnar un gobierno progresista como solución a los problemas nacionales.⁴⁵

De ese modo, los 10 años de guerra civil dieron como resultado la creación de una realidad nueva e insospechada que impresionó a todos los que tenían instinto literario.⁴⁶ Dicha tendencia, de acuerdo con Monsiváis, estableció “un arduo pesimismo en relación con los alcances positivos de transformación nacional” que derivó en “un rechazo monolítico de cualquier visión alborozada y celebratoria de la Revolución”.⁴⁷ Así, la novela se convierte en el espacio elegido para entonar la magnitud de la derrota, no tanto como una proyección autobiográfica de sus autores, sino como una dramatización que teatralizó la idea generalizada de ser un pueblo vencido, oprimido y opresivo.

En suma, cuando López y Fuentes escribe sus novelas, el contexto en la sociedad y política mexicana no era muy alentador: pese a la relativa estabilidad de los gobernantes sonorenses, la violencia se había perpetuado y continuaba el malestar de las clases bajas por la falta de compromiso del Estado con ellas.⁴⁸ Así se evidencian y confirman las tesis de Kushner y Spiegel, por un

⁴⁵ Sobre este punto, Dessau (*op. cit.*, p. 43) sostiene: “Cuando López y Fuentes y Ferretis se colocan en la posición de la burguesía que, en su propio interés, orienta el proceso revolucionario, tienen que adoptar la táctica de callar las contradicciones sociales existentes dentro de la misma coalición revolucionaria. Como, según sus conceptos, no podían representar tales conflictos, intentaron encontrar mayores síntesis un tanto fuera del terreno de la problemática socioeconómica y las contiendas sociales, y hacerlas fundamento de su interpretación. Lo que ocurrió a ambos autores fue que sus narraciones de la Revolución resultaron contradictorias: rechazaban en principio el desarrollo capitalista, lo que al mismo tiempo había de impedirles reconocer la tendencia general de la Revolución. Ello aclara por qué las novelas revolucionarias de una temática general parecen obras de tesis, abstractas y bastante artificiales”.

⁴⁶ Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 1, p. 17.

⁴⁷ Carlos Monsiváis, *op. cit.*, pp. 1445-1446.

⁴⁸ María del Mar Paúl Arranz, *op. cit.*, p. 57.

⁴⁰ Roger Caillois, *apud* Antonio Magaña Esquivel, *op. cit.*, p. IX.

⁴¹ Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 2, p. XVIII.

⁴² En donde también debemos incluir a *¡Mi general!* (1934).

⁴³ María del Mar Paúl Arranz, *op. cit.*, p. 58.

⁴⁴ Adalbert Dessau, *op. cit.*, p. 323.

lado, y las de Dessau y Monsiváis, por el otro: un proceso de grandes magnitudes, como lo fue la Revolución mexicana y la consolidación de Obregón y Calles en el gobierno, propició el desarrollo de la narrativa de ese suceso, mismo que, a través de su narración y distintas representaciones, reveló e interpretó los resultados y el desarrollo de la lucha civil de 1910 así como los principales conflictos del México contemporáneo.

La literatura como fuente para la historia

La búsqueda de la verdad y de una mejor comprensión ha llevado a historiadores, literatos, filósofos, entre otros, a examinar al conocimiento histórico desde distintas perspectivas.⁴⁹ En virtud de ello, la historiografía, de acuerdo con Knight, “ha dependido siempre de otras disciplinas auxiliares para ayudar en la investigación del pasado [...] La consecuentes relaciones van y vienen conforme a la moda académica”.⁵⁰ En este sentido, la amplia variedad de criterios historiográficos producen distintas manifestaciones del conocimiento histórico.⁵¹ Conocimiento o “verdad histórica” que, de acuerdo con José Mariano Leyva:

No es un objeto concreto que se encuentre enterrado en las arenas del pasado y que, una vez exhumado, luzca igual —con la misma forma, con la misma textura y color— ante los ojos de todos [...] Es decir, la verdad histórica es un proceso que está en constante mutación: cada vez que se descubren nuevas fuentes, cada vez que aparecen nuevas versiones del episodio ocurrido o cada vez que un necio historiador quiere revisar de nuevo los acontecimientos cien veces visitados y descubre una nueva óp-

⁴⁹ Eugenia Revueltas, “Historia y Literatura. Entre el conocimiento y el saber”, en Conrado Hernández López (coord.), *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004, p. 283.

⁵⁰ Alan Knight, *op. cit.*, p. 48.

⁵¹ *Ibidem*, p. 56.

tica, ese elemento que el resto de los historiadores pasaron por alto.⁵²

Empero, las coincidencias y divergencias que existen en una novela —histórica—, respecto de una historiografía se deben en gran medida a su disímil estructura y objetivos. Por un lado, la literatura o novela con contenido histórico resalta a las “historias” abandonadas por la historiografía y en las que “el novelista parte de su experiencia personal del mundo, de su conocimiento y su imaginación, para construir una interpretación posible del mundo mismo”.⁵³ Por otra parte, aparece el historiador quien “otorga un sustento documental a la descripción y la interpretación de etapas, personajes y hechos del pasado”.⁵⁴ Sobre este punto, Conrado Hernández puntualiza:

Como el novelista, el historiador también narra sucesos y sus tramas recrean e interpretan a los personajes o los procesos históricos desde una intención de verdad sustentada en una investigación empírica y documental. Si el novelista acude a las fuentes históricas entre sus recursos para explorar el universo del hombre, el historiador, al observar el pasado en toda su complejidad, tampoco puede limitar sus respuestas a lo que dicen sus fuentes.⁵⁵

Por ese motivo, el uso de la novela o de la literatura en sí ha creado innumerables debates que giran en torno a su función como documento y fuente para la historia. En cuanto al escepticismo que provoca en algunos historiadores el empleo de la literatura como fuente para la historiografía, Javier Rico Moreno plantea que tal condición es el resultado de la suspicacia que ese saber —la literatura— provoca en un ambiente “donde la objetividad, el apego a los documentos, la crítica de fuentes y la referencia explícita

⁵² José Mariano Leyva, *op. cit.*, p. 8.

⁵³ Conrado Hernández, “Presentación. De la historia y la novela histórica a las perspectivas de análisis”, en Conrado Hernández López (coord.), *op. cit.*, pp. 14-16.

⁵⁴ *Idem*.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 16.

a los recursos teóricos y metodológicos, conforman el basamento sobre el que hace descansar la validez de la interpretación histórica”.⁵⁶ Posteriormente, en una crítica a la historiografía, Rico Moreno concluye: “La historiografía, como representación del pasado, no puede dejar de ser una construcción literaria (narración, relato), y lo literario, a su vez, expresa ya los rasgos del conocimiento que aquella implica [...] se trata de reconocer que la historia es ciencia y arte al mismo tiempo”.⁵⁷ Por su parte, Tomás Eloy Martínez pone en duda el “valor” y veracidad de los documentos de los que se fía la historiografía, ya sea por la manipulación de la que son objeto así como por su carácter perecedero, ya que con el tiempo pueden desaparecer, extinguirse o esfumarse, perdiendo “su valor de prueba”. Más aún: los archivos suelen ser contruidos por minorías letradas y por el poder político.⁵⁸

Por otra parte, el historiador, aunque pretenda una fidelidad al archivo, al realizar su narración e interpretación de la fuente, emplea una intriga que impone cierto grado de ficción. No así la literatura —o el novelista—, pues en ambos casos no existe una “fidelidad que perseguir, pero sí una condición ficticia de base”.⁵⁹ A su vez, el novelista puede dilucidar al pasado, ya que “tiene la libertad de elegir entre varias posibilidades que no se pueden demostrar [...] de que un hecho no hubiera sucedido así, sino de otra manera”.⁶⁰ Por tanto, los recursos de la ficción, como la imaginación y la libertad de construir episodios históricos, pueden acercarnos a la comprensión de un fenómeno o proceso histórico. En este sentido, son sugerentes las observaciones que hacen Fernando del Paso y Eugenia Revueltas al afirmar que, en muchas

ocasiones, las obras literarias son “núcleos” de información histórica que ofrecen interesantes “frescos históricos”.⁶¹

El historiador mexicano Álvaro Matute propone en paralelo: “Para tener una idea clara de la historia no hace falta tener un conocimiento puntual de la misma; no hacen falta las referencias exactas, los detalles, la incursión monográfica, la comprobación al pie de la página. En cambio, es necesaria la percepción del sentido, de las características de los grandes conjuntos que integran el devenir; del carácter del elemento humano que la protagonizan”.⁶² Afirmación que sin duda alguna coincide plenamente con la estructura y el ritmo narrativo empleado por López y Fuentes en *Tierra* y en *Campamento*, en el que destacan: la ausencia de referencias y detalles puntuales de contenido biográfico y monográfico, así como un disímil aparato crítico como el que muestran la mayoría de obras historiográficas. No obstante, el veracruzano en ambas novelas nos caracteriza de manera singular la vida de los campesinos morelenses durante las primeras décadas del siglo xx y su participación en la Revolución. Más adelante, Matute continúa con su exposición: “La historia, así, es una poética de la historia en el mejor sentido aristotélico del término: no reproducir las cosas como son, sino como podrían o deberían ser esencialmente. La historia auténtica, profunda, es una metahistoria, un producto al que se ha dotado de sentido, ya que la reproducción de lo sucedido, en sí, carece de sentido, aunque esté documentada”.⁶³ Por su parte, el literato mexicano Gerardo Bobadilla Encinas también plantea que la teoría de la historia reconoce paralelismos “estructuradores y significativos entre la historia y la narrativa a partir de las formalizaciones tropológicas del discurso”.⁶⁴

Conrado Hernández también sostiene que la novela debe presentarse frente a los historiadores como un testimonio que nos acerque más al pa-

⁵⁶ Javier Rico Moreno, *op. cit.*, p. 35.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 39.

⁵⁸ Tomás Eloy Martínez, *apud* Rubén Lozano Herrera, “Novela para la historia e historia para la novela. Propuesta para la aplicación de *El destlinde* en el estudio de la novela histórica”, en Pol Popovic Karic y Fidel Chávez Pérez (coords.), *Alfonso Reyes: perspectivas críticas. Ensayos inéditos*, Monterrey, itesm/Plaza y Valdés, 2004, pp. 126, 136.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 136.

⁶⁰ Fernando del Paso, “Novela e historia”, en Conrado Hernández López (coord.), *op. cit.*, p. 92.

⁶¹ Eugenia Revueltas, *op. cit.*, p. 276.

⁶² Álvaro Matute, *apud* Javier Rico Moreno, *op. cit.*, p. 13.

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ Gerardo Bobadilla Encinas, *op. cit.*, p. 46.

sado, pues, así como la literatura es incapaz de reunir toda la vida y toda la historia en cualquiera de sus expresiones, el historiador “jamás podrá aprehender la inmensidad del pasado”.⁶⁵ Al mismo tiempo, la interacción de cualquier obra literaria con el lector, en un proceso de confrontación y retroacción, deriva en un sinnúmero de interpretaciones. Así, las distintas perspectivas que puedan originarse son el resultado directo de comparación y vinculación entre “el mundo imaginario del texto y el mundo efectivo del lector”.⁶⁶ La recepción de la obra, en ese sentido, operará “como *mediación* entre el pasado y el presente”. Por ello, sea literatura o historiografía, cualquier texto no es únicamente “una respuesta que se ofrece a una pregunta sino una fuente de preguntas nuevas”.⁶⁷ La literatura, entonces, posee cualidades interpretativas “como una de las [tantas] formas que puede adquirir la representación historiográfica”.⁶⁸ Y en su relación con la historia, ambas disciplinas se “conjugan y juegan en el ámbito de la escritura. [...] Como proceso y géneros discursivos, la historia y la novela comparten el lenguaje. El novelar y el historiar son equivalencias del tramar, es decir, de decisión poética”.⁶⁹

Tierra y Campamento, por tanto, se presentan como dos obras literarias en las que se exponen algunos de los acontecimientos que influyeron en el desarrollo del movimiento suriano durante la guerra civil. Esos sucesos, como se podrá apreciar, son recreados a partir del protagonismo de los campesinos zapatistas en la Revolución, mismos que incluyen una multiplicidad de escenarios y aportan una perspectiva alterna del proceso, así como paralelismos metodológicos y de contenidos propios de la historiografía. El conjunto de las imágenes forma una amplia gama de cuadros y escenas mediante los cuales, López y Fuentes logra reproducir valiosas representaciones del periodo revolucionario

⁶⁵ Conrado Hernández, *op. cit.*, p. 17

⁶⁶ Paul Ricoeur, “Mundo del texto y mundo del lector”, en Françoise Perus (comp.), *op. cit.*, p. 260.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 248-249.

⁶⁸ Paul Ricoeur, “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”, en Françoise Perus (comp.), *op. cit.*, p. 121.

⁶⁹ Vid. Gerardo Bobadilla Encinas, *op. cit.*, p. 46.

y del zapatismo, mismas que a su vez ocasionan —o al menos en mi caso— impresiones significativas del “ritmo histórico” de ese proceso. En tal sentido, las condiciones narradas y expuestas en ambas novelas nos permiten pensar de otra forma los hechos revolucionarios, porque recrean las distintas situaciones a las que estuvieron expuestos los zapatistas y campesinos morelenses, así como su participación durante la Revolución.

La intertextualidad entre *Tierra y el Zapata de Womack Jr.*

En 1969, el historiador norteamericano John Womack Jr. publica *Zapata y la Revolución mexicana*, una trascendental obra que influyó a más de una generación de historiadores y que representa un antes y un después en la historiografía mexicana sobre el zapatismo. Por tanto, no debe extrañar el impacto que logró, su repentino éxito editorial y su rápida traducción al español y a otros idiomas. Sobre este punto, Marco A. Velásquez Albo sostiene que dicho reconocimiento se produjo en gran medida por su “vigorosa narración y la adecuación del texto a las exigencias del mercado”. Añade Velásquez Albo que la buena recepción que se dio a esta obra, así como a sus distintas ediciones, “expresaban una nueva situación en la relación de la producción historiográfica y sus lectores, y evidenciaba, a su vez, la magnitud de cambios en las condiciones sociales y culturales de los años sesenta”.⁷⁰ Pero el ingenio de Womack Jr. trascendió todavía más. Prueba de ello es el singular uso que dio a la literatura de López y Fuentes, en un contexto dominado por la historiografía social y económica, y que es evidente en varios pasajes de su obra.

El primer ejemplo de ello aparece en el tema de la depredación de tierras, aguas y recursos naturales por parte de las haciendas y el maltrato físico de los trabajadores y campesinos en

⁷⁰ Marco A. Velásquez Albo, “El *Zapata* de Womack: la construcción narrativa de un héroe trágico”, en Valentina Torres Septién (coord.), *El impacto de la cultura de lo escrito*, México, Departamento de Historia-UIA, 2008, pp. 33-34.

las fincas. Sobre esta cuestión, en el capítulo “1910” de *Tierra* se alude a la apropiación de terrenos a través de un litigio que benefició al hacendado: “[Los peones] han llegado al lugar donde deben comenzar los trabajos. Es un sitio lleno de tupidos bejucales, pendientes como guirnaldas florecidas en las ramas leprosas de los cedros blancos. El alambrado va a partir del más remoto recodo de los terrenos del amo, antes de que ganara el litigio”.⁷¹ Después, López y Fuentes hace énfasis en los distintos agravios y maltratos de los que son víctimas los peones en la hacienda, así como en su precaria vida. Por su parte, Womack Jr. analiza el funcionamiento de las haciendas y sostiene:

Desde el siglo xvi, las haciendas azucareras habían dominado la vida del estado; en 1910, era una vieja historia la de que habían usurpado los derechos de las rancherías y pueblos y campesinos independientes, la de que los abogados de las haciendas habían desposeído mediante trampas legales de sus tierras, bosques y aguas a sus poseedores legítimos [...] la de que los capataces de las haciendas azotaban y estafaban a los trabajadores del campo [...] Al entrar 1910 los hacendados actuaban casi a su antojo. En la tarea de convertir Morelos en la Hacienda Perfecta, avanzaban tan fácilmente contra los tenderos y comerciantes recientemente inconformes como contra los campesinos y rancheros tradicionalmente desafiantes.⁷²

Posteriormente, después de proporcionar numerosos datos cronológicos referentes al inicio de la Revolución y sugerentes escenarios sobre la vida en las haciendas y los enfrentamientos entre el ejército federal y los zapatistas, López y Fuentes relata hechos relacionados con la vida

privada y cotidiana del campo. Sobre la práctica del matrimonio nos narra:

Como es costumbre entre estas gentes del campo, cuando Antonio tenía diez años, el viejo Hernández le escogió, o mejor dicho, le apartó la que debía ser su esposa [...] Los padres de hijos varones, cuando éstos no están todavía en edad de formarse una vaga idea de lo que es el matrimonio, sus necesidades y responsabilidades, piden para ellos las que ha de ser la esposa. Van los viejos a la casa de la chiquilla escogida y la piden [...] Desde el momento que una niña es pedida y dada en promesa, ya nadie puede aspirar a ella. Es un compromiso concertado con muchos años de anticipación al casamiento.⁷³

De manera paralela, en el capítulo “El ejército entra en campaña”, Womack Jr. examina la costumbre de concertar matrimonios entre los jóvenes, análisis que coincide plenamente con lo que relata López y Fuentes. Tras hacer referencia al matrimonio contraído entre Zapata y Josefa Espejo, John explica:

En el campo de México, el matrimonio no tenía como objeto simplemente la procreación de una familia, ni se hacía por amor [...] El matrimonio era un acto más solemne: era un contrato, un contrato de matrimonio, como decía la gente, y el concertarlo le daba a un hombre un lugar en la comunidad. El matrimonio tenía como objeto el grave asunto de establecer una familia legítima, de crear herederos reconocidos y de dotar a otra generación más, indiscutiblemente, el nombre del clan, que era lo que un hombre hacía para establecer su vida privada entre sus vecinos.⁷⁴

Siguiendo esta dinámica, en los siguientes capítulos López y Fuentes hace referencia al gran número de ejecuciones y al fusilamiento

⁷¹ Gregorio López y Fuentes, *Tierra. La revolución agraria en México*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 2, p. 254.

⁷² John Womack Jr., *Zapata y la Revolución mexicana*, México, sep / Siglo XXI, 1985, pp. 40, 53.

⁷³ Gregorio López y Fuentes, *op. cit.*, p. 259.

⁷⁴ John Womack Jr., *op. cit.*, p. 105.

de zapatistas en los primeros años de la guerra civil por las tropas federales; a la invasión, el saqueo y la quema de poblados, así como al desmantelamiento de vías ferroviarias y ataque a ferrocarriles por parte del ejército sureño. Tras describir un acto genocida: el fusilamiento masivo de zapatistas, López y Fuentes reflexiona: “El zapatista cae sobre la tierra que le han prometido brutalmente [...] Después de haberle ofrecido sus dos metros de tierra, como ejemplo escarmentador, es colgado de una rama, de un poste o de los alambres del telégrafo”.⁷⁵ Esta cita, aparte de proporcionar al lector una idea de lo cruel que fue la confrontación, actúa como un desmitificador de la Revolución y de sus ideales, pues confirma la falta de compromiso del emergente Estado revolucionario para cumplir los convenios contraídos con la clase campesina, hecho evidente en el infructuoso desarrollo de la reforma agraria que gestionaron los gobiernos posrevolucionarios de la década de 1920 y que pusieron en práctica las administraciones del maxismo. A su vez, Womack Jr. retoma brevemente el episodio de los fusilamientos al dar cuenta de la ejecución de 18 trabajadores en la hacienda de Cocoyoc a manos del general de brigada Juvencio Robles, en febrero de 1912.

En cuanto a las operaciones militares desplegadas por los ejércitos federales durante la ocupación de Morelos, en *Tierra*, durante una batalla entre zapatistas y federales, se hace alusión a la destrucción de viviendas, la quema de poblados y el saqueo. En los capítulos siguientes, López y Fuentes ahonda en las campañas militares que tenían lugar en algunas regiones de Morelos, el alto grado de violencia y de devastación que provocaban los enfrentamientos y el impacto que causaban en la vida cotidiana de la región. Al respecto, después de narrar la quema de la hacienda El Laurel y de la rancharía aleada por las tropas federales, López y Fuentes enlaza este hecho y la transformación en la vida cotidiana de la clase rural con el texto siguiente: “Ya nadie siente el frío, como si el calor del incendio distante los calentará [...] Apresurada-

mente todos recogen de sus casas lo que estiman [...] Por diversos rumbos abandonan la rancharía. Son grupos borrosos que caminan en medio de la noche y afrontan el viento helado que parece de la altiplanicie”.⁷⁶ Mientras tanto, en “Los revolucionarios oficiales actúan”, Womack Jr. expone cómo fue quemado el poblado de Santa María, territorio donde el general Genovevo de la O tenía su principal base de operaciones. Sostiene que ésa fue una práctica empleada recurrentemente por los ejércitos federales de Juvencio Robles y Felipe Ángeles, cuya finalidad consistía en atemorizar a la población y suprimir las principales líneas de suministro de los zapatistas.

En cuanto al reparto agrario en Morelos, López y Fuentes plantea la dificultad que existió para establecer linderos en algunas propiedades de la entidad, como consecuencia de la pérdida y la destrucción de archivos. Para resolver ese problema, incorporando elementos de la vida social y tradicional de Morelos, señala que los ancianos participaban en diversas tareas: “El sentido común aconseja recurrir a los más viejos del lugar para que señalen los sitios donde terminan los terrenos de un pueblo y donde comienzan los terrenos del pueblo vecino”.⁷⁷ Al igual que Womack Jr., contextualiza el control de Yautepec por el general zapatista Amado Salazar, describe el papel de Zapata en la toma de decisiones y analiza el costo de la reforma agraria a través de la siguiente escena: “En el mismo sitio firman el acta, comenzando por el general Zapata. Y los de Yautepec toman para un lado y los de Anenecuilco, con Zapata y su escolta, hacia otro. Este acto tan sencillo ha sido la realización parcial de una idea que ha costado ya muchos miles de vidas”.⁷⁸ En contraste, en su estudio sobre la reforma agraria, el historiador estadounidense sostiene que el desarrollo de la región impulsó el renacimiento de los pueblos morelenses y el levantamiento de planos topográficos que definieron en su totalidad los límites de un centenar de pueblos, a los cuales se les asignó la mayor parte de las tierras

⁷⁶ *Ibidem*, p. 282.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 287.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 288.

⁷⁵ Gregorio López y Fuentes, *op. cit.*, pp. 279-280.

de cultivo, de bosques, así como de los recursos hídricos.⁷⁹ Pero, curiosamente, en “Los pueblos claman revolución”, se incluye un pasaje idéntico al descrito por López y Fuentes en su novela:

Zapata... [c]uando él mismo participaba en el arreglo de conflictos locales, cosa que hizo más de una vez, limitó su participación a hacer cumplir decisiones a que habían llegado por su propia cuenta los campesinos. Por ejemplo, cuando llegó el momento, durante la reforma agraria, de trazar los límites entre los campos de Yautepec y de Anenecuilco, acompañó a la comisión agraria del distrito hasta un tecorrall, donde se habían reunido los representantes de ambas comunidades. Los ancianos del lugar habían acudido allí en calidad de expertos [...] En su calidad de presidente de Anenecuilco y de comandante en jefe del Ejército Libertador, les dijo luego a los agrónomos que habían de levantar los planos.⁸⁰

Ambos pasajes muestran una gran semejanza en cuanto a la aplicación de la reforma agraria en el estado de Morelos, ya que la narración sobre el conflicto de tierras entre las localidades de Yautepec y Anenecuilco sugiere que se trata del mismo caso y que, evidentemente, Womack Jr. consultó la novela *Tierra*.⁸¹ En resumen, la obra de López y Fuentes no sólo reúne, en sustancia,

⁷⁹ John Womack Jr., *op. cit.*, p. 230.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 233.

⁸¹ Esta influencia se comprueba en la misma obra de Womack Jr., cuando éste refiere brevemente, en el apéndice bibliográfico, la importancia y ascendencia que *Tierra* tuvo para él: “Este librito [de Sotelo Inclán] y la novela de Gregorio López y Fuentes nos revelan más de la vida rural en Morelos, en la década de 1910, que todos los demás libros juntos” (*ibidem*, p. 413). Condición que sin duda alguna se aprecia en la estructura y el carácter narrativo-literario de su estudio. Marco A. Velásquez Albo (*op. cit.*, p. 42), por otra parte, señala —a través de los argumentos de Harold Bloom— que un texto histórico, al igual que uno literario, se compone principalmente de la siguiente amalgama: “dominio del lenguaje metafórico, originalidad, poder cognitivo, sabiduría y exuberancia en la dicción. El relato de Zapata y los campesinos de Morelos requirió esa amalgama señalada por Bloom”.

cuestiones que aborda una obra historiográfica tan representativa para el estudio del zapatismo como lo es *Zapata y la Revolución mexicana*, sino que también coincide al plantear cómo ocurrieron algunos de esos hechos. Incluso, en varios capítulos de *Tierra* se recrea la vida regional y del campo en Morelos, escenarios que nos ofrecen una óptica distinta a la que aborda Womack Jr.

Sobre la falta de instrumentos militares y la escasez de alimentos, el autor de *Tierra* expone el siguiente contexto: “Entonces había que comer. Todos podían empuñar las armas. Que faltaba carne, pues a pegarle un balazo al toro del amo. Que faltaba maíz, pues a cosechar en las labores del amo. Ahora todo falta”.⁸² Todavía más, López y Fuentes vincula la ausencia de esos recursos con el abandono del campo pues “[p]or andar en las armas, nadie trabaja [...] Sólo para entretener al enemigo, una parte de los muchachos sigue de frente con las carabinas. Los demás, a sembrar, a escardar, a cosechar. Cuando unos ya hicieron sus trabajos, van a cambiar a los demás, a los que todavía no cultivan su tierra. Así, no pasan hambre”.⁸³ A su vez, Womack Jr. plantea que con la desaparición de la hacienda, con el despoblamiento de los pueblos y con el abandono de los campos de cultivo, principales sustentos económicos y alimenticios de la región, los zapatistas cambiaron para mal las condiciones de la vida local: “[e]n 1917, Morelos era visible solamente como una ruina, como un lugar para lagartijas y arqueólogos”.⁸⁴

López y Fuentes, valiéndose de sugerentes interpretaciones, reúne en su obra una serie de cuadros que brindan un panorama más regional y centrado sobre el desarrollo del zapatismo durante la fase armada de la Revolución, así como valiosas nociones sobre el papel que desempeñaron algunos de los “personajes secundarios”. Así se hace evidente la capacidad del novelista para correlacionar fenómenos sociales vinculados con los estragos provocados por la guerra. Facultad —del autor— que, en esa novela, la encontramos

⁸² Gregorio López y Fuentes, *op. cit.*, p. 289.

⁸³ *Idem*.

⁸⁴ John Womack Jr., *op. cit.*, p. 270.

en la narración del contenido histórico-literario, así como en la interpretación que hace de la historia del zapatismo y su impacto sociocultural en la zona sur del actual estado de Morelos.

En cuanto al impacto que provocó la muerte de Zapata y el mito que se formó alrededor de la emboscada, López y Fuentes resume, para el primer punto, la siguiente reflexión: “No llora: aúlla, brama, ulula. Es el dolor simbólico de todos los campesinos de Morelos a la noticia de la muerte del general”.⁸⁵ Respecto del segundo punto, particularizando en la autenticidad del cadáver, construye el siguiente diálogo, tras la exhibición del caudillo en Cuautla:

— No es el general.

— ¡No va a ser! Está así, deformado, por haber venido como vino. La sangre se le fue a la cabeza.

— No, compa; el general tenía una seña muy particular cerca de un pómulo... y este no la tiene.

— ¡Claro! En el mismo lugar le entró el de gracia.

— ¡Quién sabe!

Y el ‘quién sabe’ lleno de esperanza más bien resultaba un sollozo.⁸⁶

Womack Jr, a su vez, también aborda los dos episodios. En cuanto al asesinato y la conmoción que éste generó, el historiador estadounidense lo alude como un espectáculo en el que González logró que cámaras de cine filmaran el entierro del caudillo. Operación cuya finalidad, de acuerdo con el estadounidense, disiparía toda duda sobre la muerte de Zapata. Al mismo tiempo resalta la participación de la prensa, particularmente de periodistas de *Excelsior*, uno de los cuales registró el estremecimiento que corría de pies a cabeza en aquellas gentes humildes. Más adelante, concluye en su análisis: “Para decepción de González, el rudo golpe del asesinato no quebrantó el espíritu local [...] Ni tampoco el entierro espectacular y las amenazas abatieron finalmente

al pueblo”.⁸⁷ Al igual que el novelista veracruzano, Womack Jr. relaciona y señala de los mitos que fueron creados en torno a la veracidad de la muerte de Zapata, como resultado de la fuerte impresión que causó este hecho entre los campesinos morelenses, pues ellos, algún modo, se sintieron ultrajados: “Muchos no quisieron creer que Zapata hubiese muerto. Comenzaron a circular extrañas historias. Una decía que Zapata era demasiado listo para caer en la trampa, y que había enviado a la reunión fatal a un subordinado que se le parecía. De todas maneras, seguían diciendo, el cadáver que se había exhibido no era el de Zapata”.⁸⁸ La elaboración de estas leyendas, sostiene, era más bien un consuelo para los habitantes del estado de Morelos, el cual puede ser asociado a la vergüenza que sentían por no seguir luchando, por un sentimiento de culpa, por haberle encargado una empresa difícil de consumir y por haberlo entregado a la muerte.⁸⁹

Como podemos observar, la narración propuesta por López y Fuentes sobre el asesinato de Zapata y los mitos que circularon en torno a su muerte, evidencian la disponibilidad del autor por mitificar el panteón de la Revolución mexicana. En este sentido, *Tierra* nos presenta una historia cronológica del movimiento armado enfocada en el zapatismo, cuya exposición nos permite conformar una idea alterna del desarrollo de la Revolución y del movimiento sureño, tomando en cuenta factores como la vida cotidiana durante el trabajo en el campo y en la guerra, el mecanismo laboral y militar de los campesinos, las estrategias de organización y cómo llevaron a cabo los enfrentamientos bélicos, la aplicación de la reforma agraria, así como sugerentes interpretaciones del asesinato de Zapata y el devenir de la lucha armada del movimiento tras su muerte. En ese sentido, esta novela resulta ser, contrario a la “historiografía oficial”, una desmitificación de los ideales revolucionarios que invita a cuestionar y analizar a la Revolución mexicana desde otra perspectiva.

⁸⁵ Gregorio López y Fuentes, *op. cit.*, p. 292.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 299.

⁸⁷ John Womack Jr., *op. cit.*, p. 323-324.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 324.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 325.

A diferencia de lo que sucede en *Tierra, Zapata y la Revolución mexicana* expone contenidos más políticos, sociales, biográficos y militares sobre el desarrollo de la guerra civil durante entre los años de 1910 y 1920 haciendo una descripción de la historia general del zapatismo. Al mismo tiempo, Womack alude con frecuencia al contexto nacional —y en algunas ocasiones al internacional— para ofrecer una óptica más amplia del periodo y correlacionar, de cierta manera, la influencia de estos sucesos con el proceso revolucionario, condición interpretativa que ha significado que esta obra sea considerada una de las más importantes del siglo xx —si no es que la mejor— referente al zapatismo, ya que representa, en palabras de Ávila Espinosa, un parteaguas en la historiografía mexicana por su notable contribución para con tales estudios. En ese sentido, *Zapata y la Revolución mexicana* nos ofrece “el análisis más completo de las causas que originaron al zapatismo, de su composición social, de su tipo de liderazgo y de la problemática entre las comunidades campesinas con el ejército y los líderes zapatistas”.⁹⁰ En suma, este “frondoso árbol” historiográfico reúne puntuales y sugerentes análisis sobre el zapatismo que va en relación con su desarrollo y valor en la Revolución mexicana entre los años de 1910 y 1920. Más aún, para Velásquez Albo, el estudio de Womack es una obra constituida desde “la narración y no desde el análisis causal [...] Se trata de un texto que se desentiende de la retórica política tradicional para incursionar en una épica que entrecruza el quehacer cotidiano de la vida de los campesinos con la fatalidad”.⁹¹

Así pues, la temática abordada en las obras de López y Fuentes es múltiple. Castro Leal alude a *Tierra* como “una novela de esencia histórica, una crónica de la revolución agraria. La realidad se mezcla con la fantasía [...] es una novela que disimula hábilmente su propósito didáctico. La presentación de su trama en escenas sucesivas parece seguir la técnica del desarrollo de un fres-

co de Diego Rivera”.⁹² De esta suerte, en *Tierra*, a través de Zapata y el agrarismo, López y Fuentes encuentra “la verdadera revolución de ideales”, la justificación política y moral de la Revolución. Su narración, por otro lado, se muestra en amplia crítica: “[l]a tierra, lo injusto de su distribución es la llaga lacerante que carcome la sociedad mexicana. La denuncia del incumplimiento de los compromisos contraídos es [...] un imperativo ético que López y Fuentes asume y proclama con absoluta rotundidad”.⁹³ Por este motivo, su testimonio personal de la década de 1930 —periodo clave del México contemporáneo—, junto a las denuncias efectuadas en su literatura, responden a su compromiso ideológico y moral.⁹⁴ Por tanto, bajo esas condiciones, es un autor representativo de la narrativa de la Revolución mexicana, y su obra, al mismo tiempo, resulta valiosa para la historiografía de la movimiento armado.

Conclusiones

En este artículo pudimos observar distintas coincidencias temáticas entre una obra historiográfica y una literaria. En la primera parte mencionamos que la Revolución mexicana ocasionó secuelas en el país que se hicieron evidentes en las fisuras y divisiones sociopolíticas, en la lucha por la supremacía en la política mexicana, en el ascenso de la clase media en detrimento de la burguesía porfiriana y en la consolidación de Calles en el poder tras el asesinato de Obregón. El desarrollo de estos sucesos repercutió ampliamente en las distintas capas de la sociedad incluyendo a su intelectualidad. Para ello, Gregorio López y Fuentes y otros literatos escribieron una gran variedad de novelas que atendían a sus inquietudes y sus impresiones sobre la Revolución y la posrevolución, con lo cual lograron plasmar una gama de percepciones de ese periodo, obras que, a su vez, se enfocaron a momentos particulares y específicos de dicha etapa. Así, la

⁹⁰ Felipe Ávila Espinosa, “La historiografía del zapatismo”, en Felipe Ávila Espinosa (coord.), *op. cit.*, p. 21.

⁹¹ Marco A. Velásquez Albo, *op. cit.*, p. 36.

⁹² Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 2, p. 18.

⁹³ María del Mar Paúl Arranz, *op. cit.*, p. 65.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 77.

narrativa de la Revolución mexicana, más que una proyección autobiográfica, se convirtió en un espacio de denuncia donde se cuestionó principalmente a los ideales de la Revolución y a sus vencedores, así como a las versiones oficiales de la historia, pues expresó posibilidades constructoras que nos ayudan a diversificar la significación e interpretación de la historia. Por ende, este conjunto de obras literarias, a través de su capacidad auto-reflexiva, nos sugiere el replanteamiento de la re-escritura de los hechos históricos y del discurso historiográfico.

En virtud de ello, el valor histórico de las novelas de López y Fuentes escritas durante los años de 1931 y 1932 se relaciona directamente con la incapacidad que demostraron los gobiernos de Obregón, Calles y del maximato para concretar exitosamente la reforma agraria durante la década de 1920 y los primeros años de 1930. Por tanto, y empleando los argumentos de De Certau sobre los vínculos que guardan la sociedad con su cultura escrita y prácticas del lenguaje, tenemos que las representaciones históricas y las formas simbólicas narradas por López y Fuentes remiten a una historia cronológica del zapatismo del periodo 1910-1920 y al fracaso de los gobiernos revolucionarios en la puesta en práctica del agrarismo, que se hace evidente con una desmitificación de la Revolución mexicana y sus ideales. Podemos afirmar, pues, que al igual que la historiografía, *Tierra* y *Campamento* nos aproximan a una visión crítica de los hechos revolucionarios, asistiéndonos como “depósitos de conocimientos e información” que, al igual que otras novelas históricas, absorben crónicas, ficciones, documentos, personajes históricos y figuras literarias.

Por otro lado, *Tierra* se asemeja a una historiografía porque, en primer lugar, López y Fuentes delimita su campo de estudio a un tiempo y espacio precisos; a saber: su obra examina aspectos sociales, culturales, militares, políticos, demográficos y etnográficos, los cuales permiten atender otra dimensión del periodo y comprender la interpretación histórica que formula el literato sobre la revolución zapatis-

ta. Así, el ritmo histórico que nos ofrece López y Fuentes es de carácter lineal y cíclico: es una historia cronológica de la desventura de los campesinos morelenses y del zapatismo, cuya participación en la fase armada no les otorgó el tan anhelado cambio y la tenencia de la tierra, motivos por los cuales se levantaron en armas en 1911, sino todo lo contrario, pues el desenlace del movimiento armado terminó por beneficiar sólo a las clases medias. Su interpretación sobre la revolución zapatista y el agrarismo se aproxima a ciertos planteamientos del marxismo, pues en la novela aparecen escenarios sugeridos por ese sistema filosófico, como la idea de una revolución violenta, la división social del trabajo y la lucha de clases.

De ese modo, López y Fuentes construye, en *Tierra* y en *Campamento*, una sugerente interpretación histórica del movimiento zapatista durante la fase armada de la Revolución, auxiliándose de valores literarios y temas que la historiografía, hasta ese momento, había descartado; y en su intento por ser objetivo, minimiza la frontera entre la historia y la ficción. Sus juicios morales y análisis crítico ayudan a comprender cuestiones relacionadas con el origen de la revolución suriana y cómo fue que ésta adquirió “forma” con el devenir del tiempo. Por último, me es posible afirmar que López y Fuentes consigue escribir una historia auténtica sobre el zapatismo. Su obra nos ofrece criterios, panoramas y líneas de investigación alternas que sirven al historiador para atender dimensiones que suelen estar relegadas en de la historiografía económica y política, como la vida cotidiana, la participación de “actores secundarios”, el comportamiento y las relaciones humanas, el desarrollo de una ideología, la geografía y los ecosistemas de una sociedad o región acotadas a determinado tiempo y espacio, entre otras. Por ello, si contamos con las apropiadas bases teóricas y metodológicas, el muy cuestionado carácter ficticio de la literatura deja de ser una limitación, y su uso como fuente puede incorporarse a una propuesta metodológica y de investigación para la historiografía y el historiador.